La sensualidad de la muerte

Tiempo de lectura: 3 min.

Carlos Raúl Hernández

Dom, 22/11/2020 - 18:21

En 1931 triunfa el bloque de stalinistas, trotskistas, anarquistas, republicanos en las elecciones municipales españolas. El rey huye despavorido y deja el país en una espantosa oleada de violencia fratricida, comparable con la guerra de secesión en EEUU. Los expertos afirman que las guerras civiles son más crueles que entre naciones, porque se desbordan odios de regiones, partidos, vecinos y hasta familias, mientras las otras son impersonales.

El gobierno de España hace poco exhumó a Franco del *Valle de los caídos* y llamó a hacer lo mismo con los desmanes del franquismo, lo que llena el espacio de fantasmas y corren el riesgo de enamorarse de ellos. En Montevideo, cuenta Victor Cadet el 13/11 pasado, armaron un “acto de repudio” contra el semanario *La mañana,* por describir miserias del partido comunista en la guerra española, en disenso de elogios a su heroísmo.

Savater escribió no hace mucho que dejaran quietos a los abuelos, porque buscando conseguirían torturadores y asesinos. España en ese período se dividió en manadas de fieras que competían en sadismo y crueldad, seducidas por el olor a sangre y muerte. El reportaje de *La mañana* se basa en el gran libro *Tiempos modernos* de Paul Johnson, de los historiadores más sobrios del siglo XX. Las ideologías duras son enfermedades del pensamiento.

Gente de buena fe las contrae y pasa a justificar barbaries a nombre de supuestas causas sociales o nacionales. Si los israelíes matan en Palestina, se oyen los gritos del silencio de los afines y el estruendo de los anti sionistas. Si se cuestionan los horrores musulmanes en Francia, es *islamofobia*. Quien censura el intento de Trump para torcer las elecciones es comunista y pedófilo. Si se dice lo mismo sobre Morales, desprecias a los indígenas. Fanátismo.

Amoralidad del juicio

Las ideologías duras conducen a la amoralidad del juicio, al que Kant prescribe des relativizar, y proceder como si cada acto fuera a convertirse en ley universal. Se llamaban republicanos, pero no querían una república, sino una dictadura soviética. La *Comintern* de Stalin los controlaba, salvo a la disidencia trotskista y anarquista que aplastará, y aún si Franco no entra en escena en julio del 36, la guerra ya desgarraba la izquierda. Así España vivió dos guerras civiles al tiempo.

Comienza con terrorismo, no *anticlerical* como sería si se dirigiera solo contra las autoridades episcopales, sino *anticristiano*, porque persigue la fe. Expulsan obispos, queman iglesias y conventos, pero también asesinan masas de simples creyentes. En tres años liquidan más de 8000 entre obispos (doce), sacerdotes, seminaristas y monjas. Aunque en 1933 gana Alejandro Lerroux, un moderado, gracias al voto femenino, ya el Estado no controlaba nada. Era una bolsa vacía.

Las FF. AA se desmarcaban del caos republicano y los partidos en armas ejercían la soberanía territorial en vez del gobierno. Ignoran a las autoridades electas y llaman a la huelga general en Madrid, Barcelona, el país vasco, y Cataluña se independiza. En Asturias, los consejos obreros toman los cuarteles de la guardia civil, las minas, hacen estallar la Catedral de Oviedo y destruyen la ciudad.

Aun antes del golpe, el ejército tiene que ocuparla para desarmar a los trabajadores y frenar la matanza entre civiles. La soberanía, el poder real lo ejercían las “chekas” para llamarlas en ruso, brigadas armadas con cárceles propias sin control de nadie, donde torturaban trotskystas, franquistas, católicos. Se llamaban *Leones Rojos, Linces de la república, Espartacos, Furias*. Quien entraba a una de ellas, no salía vivo. *“¡Cuídate España de tu propia España!”.*

No porque hablaron mal de él

En Cataluña los comunistas aplastan a los anarquistas y al POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) y es inmortal el heroísmo del líder trotkysta Andrés Nin. Lo despellejaron vivo, no solo hablando mal de él, sino literalmente, y no delató a sus compañeros. Lo confiesa el camarada Orlov, su torturador, quien desertó y se asiló en Occidente, cuando Stalin lo mando a liquidar por lo que sabía. En sus territorios controlados, el franquismo a su vez ejercía una dictadura militar terrorista que nada envidiaba a Stalin.

Ilegalizados los partidos, incluso los de derecha, todo aquel conocido por remotamente próximo a comunista, socialista, sindicalista o liberal, si tenía suerte sería fusilado o encarcelado. Testimonios republicanos hablan de que los prisioneros cavaban sus propias tumbas, en las que después podían enterrarlos vivos. Estaba prohibido el tránsito interurbano en vehículo o en tren. En el carnaval de sangre asesinaron al poeta más importante de la época, García Lorca, quien no tenía nada que ver con la política.

En prisión fallece Miguel Hernández. J.M Gironella escribió que el balance es de un millón de muertos entre los dos bandos, pero un historiador más moderado, Hugh Thomas, calcula 600 mil. Hoy intelectuales y comentaristas hablan de episodios tan tenebrosos con el fanatismo y la frivolidad de los hinchas del Real Madrid y el Barcelona, o en casos más tontos, de buenos contra malos. Deberían dejar en paz los huesos en los cementerios.

@CarlosRaulHer

ver PDF

Copied to clipboard